



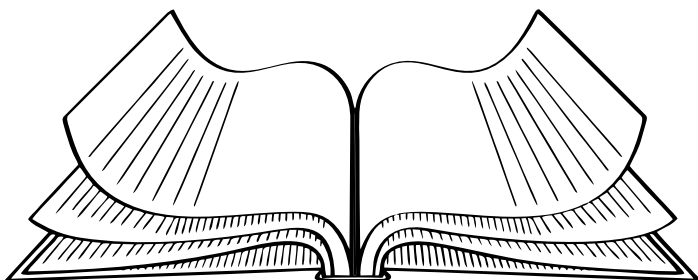
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

FEBRERO-MARZO
2018



No. 12



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org



ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Eras el pliegue	7
Yamil Narchi Sadek	
Opacar con el aliento	8
Yamil Narchi Sadek	
Poema X	9
Juan Carlos Salvia	
Poema 2	10
Juan Carlos Salvia	
Posibilidades	11
Senen Orlando Pupo	
Un idioma de pájaros	12
Senen Orlando Pupo	
Ilusiones vanas	13
Alberto Ibarrola Oyón	
Amar es una forma de estar desnudo	14
Rodrigo Trujillo Lara	
Otra vez	15
Rodrigo Trujillo Lara	

FIRMAS

Litósfera	16
Andrea Fischer	
La novela	23
María Elena Sarmiento	
La bala	24
Virginia Meade	
A una nariz	25
Enrique Héctor González	
Pensar en espiral	28
Cecilia Durán Mena	

IMAGINARIO 29

PERSPECTIVAS

Felisberto Hernández o el aleteo de la levedad 33
Enrique Héctor González

VOCES

Error... Virus detectado 38
María Elizabeth Barragán Jiménez

Amigos 40
Crista Aun

Sagitario 43
Ludim Cervantes

Oscuro y sin flores 48
Isabel Hernández

Forastero 32 51
Harchiboldi (A. F. González)

La torre 55
Roberto Omar Román

21 de diciembre 2012 58
Beatriz Gonzáles Rubín

CONVERSACIONES

Entrevista a Lucas Di Giuseppe 60
María Elizabeth Barragán Jiménez

HABLANDO POR ESCRITO

Cuando el pensamiento se vuelve en vagabundo y se empeña en deambular de aquí para allá sin encontrar su espacio o cuando el ruido llena cada instante o cuando la vida se nos llena de estímulos provenientes de una pantalla, nos quedamos con una sensación tan peculiar a la que le solemos llamar vacío.

En los tiempos de la hiperconectividad, todos queremos estar haciendo algo y a la vez estamos descuidando todo. Sentimos la necesidad imperiosa de estar en todos lados y terminamos estando en ninguno. Basta poner atención para darse cuenta. Vemos escenas cotidianas como una mesa de amigos disfrutando café, o a una familia comiendo en un restaurante, o a gente que está en los pasillos de un museo o en la playa o, incluso en una cita amorosa, todos están más atentos a lo que sucede en la pantalla que a lo que pasa en el entorno.

El placer del ocio va perdiendo significado y aquello que los italianos denominan la *dolce far niente* se contamina con un aparato que se ha convertido en una especie de extensión del cuerpo, un anexo de la mano. La Humanidad está rindiendo su capacidad de concentración a la dominancia de un artilugio que se convirtió en un elemento tan vital como el corazón o el hígado. Nuestros dispositivos van sustituyendo cada vez más a nuestro cerebro: ahí está nuestra memoria, nuestro conocimiento, nuestras imágenes ¿nuestro pensamiento?

Alguien me muestra una imagen con la fotografía Albert Einstein pronunciando una sentencia: “Temo el día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad. El mundo tendrá una generación de idiotas.” Basta elevar la mirada para darnos cuenta, el hombre tenía razón. Sus palabras nos están alcanzando. No se

trata de lanzar diatribas contra el avance tecnológico, eso además de inútil, sería absurdo. Se trata de volver a poner atención y de reencontrar el gusto por estar en nuestra compañía.

La dolce far niente significa estar con uno mismo sin distracciones, en el cultivo de la intimidad con nosotros, en silencio y habitando nuestra mente con reflexiones y pensamientos. Es mirar al entorno y poner atención: *rester soi-même*, como decía Michel de Montaigne para seguir siendo quienes somos. Esta idea se plasma en toda su obra literaria, todas sus experiencias contemplativas se convertían en ensayos, todo lo que reflexionaba quedaba plasmado por escrito. Controlaba al pensamiento vagabundo y lo dirigía para quedarse en el aquí y el ahora.

Montaigne, a diferencia de lo que nos sucede en la actualidad, pasaba largos ratos callado y concentrado, porque quien quiere estar en todas partes no está en ninguna. Tanta hiperactividad debiera estar compensada con momentos de calma, de serenidad y de disfrute. El gozo de entrar en nuestro pensamiento y descubrir qué hay ahí dentro. Así, entendiéndonos podemos encontrarnos con los demás en una forma más íntima, lo que es en sí mismo un deleite que hemos perdido.

La lectura es un remedio maravilloso para alcanzar ese estado de gracia. Porque, como lo dice Houellebecq, “*la lectura puede proporcionar esa sensación de contacto con otra mente humana, con la integralidad de esa mente, con sus debilidades y sus grandezas, sus limitaciones, sus miserias, sus obsesiones, sus creencias, con todo cuanto emociona, interesa, excita o repugna*” (Sumisión, 13)

Una lectura, cualquier lectura nos ejercita en la práctica de la concentración. Quien lee, difícilmente puede estar haciendo otra cosa al mismo tiempo. Esa es la maravilla de la lectura. El número doce de Pretextos literarios por escrito busca ser esa vía de contacto entre el lector y quien escribe. Busca tender hilos conductores entre

el poeta y quien disfruta sus versos, experimentar figuras espirales que se forman con palabras, despertar ternura o arrebatarse una risa.

También, los invitamos a participar en nuestros cursos de lectura en voz alta, talleres de lectura y, si les apetece, de apreciación artística y creación literaria. Nuestra intención es provocar momentos que nos conduzcan al estado de gozo y gracia que nos aleja de la frivolidad y nos lleva a germinar nuevos escenarios.

Seguimos en nuestro empeño de atrapar lectores para nunca dejarlos ir.

La editora general



ERAS EL PLIEGUE

Yamil Narchi Sadek

Eras el pliegue
más redondo y blanco
de la luz
de la ventana
de la sábana
del pliegue
de ese verano

Eras la transparencia
que cruzaba
de tu cuerpo
de mi cuerpo

Éramos
tiempo
indisoluble
en el pliegue
más blanco
y redondo



OPACAR CON EL ALIENTO

Yamil Narchi Sadek

Opacar con el aliento la ventana mientras llueve
 y mirar por ese lente la pisada de las tardes
 —ésa que está detrás de la vida —
 aferrado al vidrio,
 a no volverme
 hacia la música que a mis espaldas
 suena desde el pasado,
 a no responder los llamados
 contundentes a la puerta,
 a ignorar las sombras
 del rabo del ojo.

Ser el vigilante
 del instante frágil,
 su protector de ningún peligro
 a sabiendas
 de que se abrirá esa puerta,
 entrará el frío
 y terminaré por ser
 — crimen pasional,
 culpable contrito —
 su homicida.



POEMA X

Juan Carlos Salvia

Un sueño irreversible
esto de ser poeta.

Como querer tocar
la herida primigenia
de la que provenimos
y no sólo la sangre sucedánea
que se vierte a balazos,
a tajo de puñales
o se va resecaando hora tras hora
en camas de hospital
de moribundos.

Como querer saber
si es posible saber
que en el fondo del pozo
no hay más fondo del pozo
que su vacío abismándose
interminablemente.

Y por todo instrumento
por cantar la gesta,
una lengua achacosa.
Puede que te consumas
en tu propio delirio
antes de pronunciar
una sola palabra
que no sea la ceniza
del fuego anticipado.

Porque la poesía libra
un hambre de absoluto,
se la vive el poeta,

todavía un poco más
que el resto de los hombres,
a un paso de la lada.

Es como ser vampiro
esto de ser poeta:
hay que hincarle los dientes
y chuparle sangre a cada
paradoja
mientras sigue latiendo,
antes que el nuevo día
entre por la ventana
y su luz te achicharre

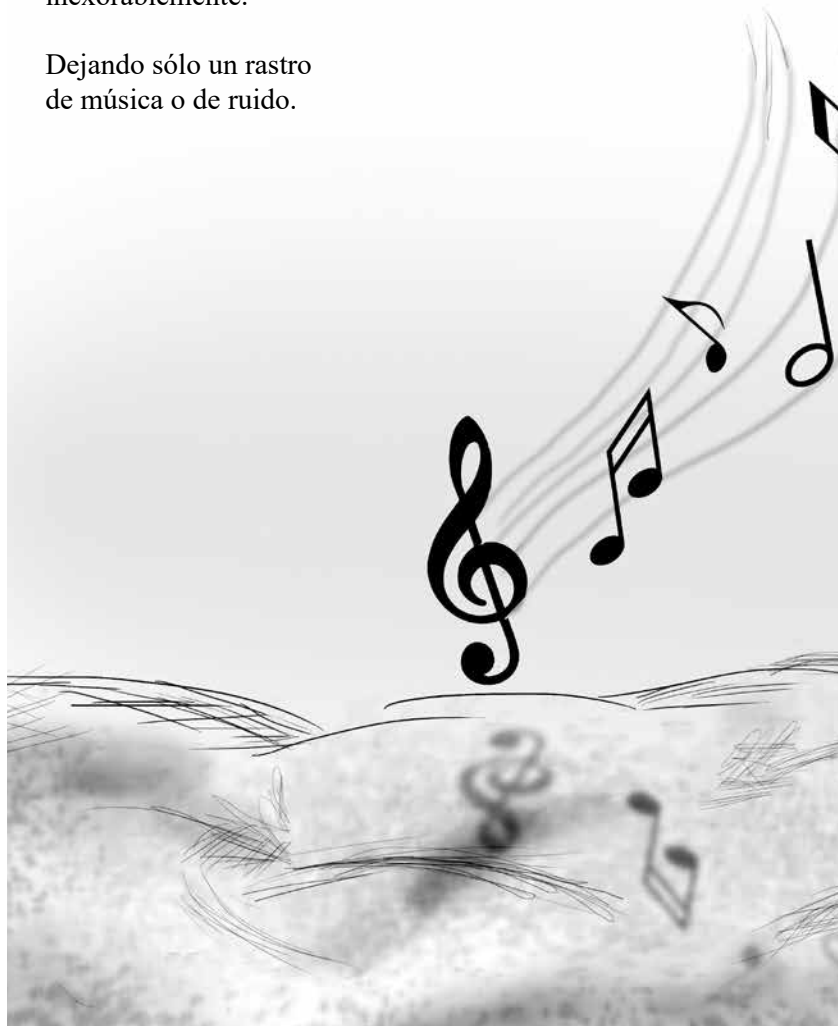


POEMA 2

Juan Carlos Salvia

Venimos del silencio
y a él retornaremos
inexorablemente.

Dejando sólo un rastro
de música o de ruido.



POSIBILIDADES

Senen Orlando Pupo

Todo es posible menos el silencio,
el peso largo del país desnudo
avisado en el fuego de las calles,
en la preñez del polvo y de la sombra.

Todo es posible menos la ceniza,
la celda abierta al paso de la noche
asida la constancia de un naufragio,
a la semblanza sórdida del humo.

Todo es posible menos la tormenta,
una palabra oscura sin zapatos
refugiada en los labios de la cárcel.

Todo es posible menos el oprobio,
el choque hondo del agua con el cuerpo
vagabundo de Dios bajo la lluvia.



UN IDIOMA DE PÁJAROS

Senen Orlando Pupo

A Yayma.

Te quiero porque trinas un idioma de pájaros
bajo el extendido cielo de las madrugadas,
arrullando las sombras de los árboles ávidos
que rememoran la lluvia como una esperanza.

Te quiero porque humeas tendida como el polvo
sobre la piel vehemente de mi cuerpo en celo,
y vas saqueada de sospechas hasta el fondo
inusitado de mis guarecidos deseos.

Te quiero porque creces poseída por el agua
y llueves rumorosa por los cálidos caminos
al penetrar descalza en la quietud de la noche.

Te quiero porque salvas las palabras del fuego
y floreces conmigo cuando se rompen las horas
desollando el perfume de mis tibios anhelos.



ILUSIONES VANAS

Alberto Ibarrola Oyón

El trabajo, la ciudad
y las dulces ambrosías
de bella amistad lograda
olvidan las carestías
sin vida de las prisiones
de muertes definitivas.
Estas voces delirantes
dejan atrás negras iras,
recuperan para el alma
los deleites que sentía.
No existe el temor ni el odio
ni el tedio, la soez envidia,
la ruindad, ni la pobreza
solo el deseo y la alegría;
mas las sombras prevalecen
detrás de la fantasía,
y el extraño se interroga
por qué nunca cree en su vida.
Valorado como el cero,
desespera su sonrisa.
En las huestes del averno,
seduce como la brisa,
padece como el ocaso,
y vive como la vida.
Moderno como el silencio,
antiguo como la esquina,
se entrega a los peores vicios
como aquella poseída

AMAR ES UNA FORMA DE ESTAR DESNUDO

de Rodrigo Trujillo Lara

Amar es una forma de estar desnudo,
sin preámbulos.
La luz no tiene preámbulos.
Te despojas del tiempo, cuelgas,
por allí, la distancia.
Una luz encendida es el centro de la noche.
Tú estás allá.
Aquí, es el silencio.
Sueño y estoy contigo. Estamos allí:
tu hora de dormir no es más mi hora
de estar despierto.
Una lumbre sin foco enciende
dos cuerpos,
que orbitan un bosque
de agujeros negros.
Amar es una forma de estar desnudo,
de oler a sangre el mundo
y mantener despierta la jauría que,
de caer dormida,
nos despedazaría cerrando,
sobre nosotros,
su noche.



OTRA VEZ

Rodrigo Trujillo Lara

Otra vez
el ritual de sepultar mis propios huesos en una atierra helada
y esperar.
Y mirar al atónito que espera junto a un túmulo la lluvia, el
deshielo. Un abrirse de ojos llenos de
semillas. Otra canción de pájaros resucitados



LITÓSFERA

Andrea Fischer

13:43, desde el punto más alto

Hay varias maneras de subir al último piso del barco para ver el mar. Una de ellas es por fuera, haciendo el esfuerzo de tomar las escaleras y esquivar a todos los turistas que quieren tomar el sol al mismo tiempo. El viento les raspa las carnes expuestas, que ondean con una flacidez flagrante al paso de la brisa indiscreta. También está la necesidad indeseable de torear a los meseros. Sin embargo, si se pasan por alto todas estas inconveniencias, puede alcanzarse el nivel más alto, y admirar con relativo silencio la inmensidad azul. La música impertinente se deja atrás, así como el olor a bloqueador y los reflejos relucientes de la multitud de lentes oscuros. El tumulto de gente que empuja porque quiere encontrar en dónde sentarse a comer se congela, y parece que se entra en un estado de inconsciencia de lo que ocurre más abajo. La marea todo lo deshace.

Cuando finalmente se alcanza el punto más alto, hay varias posibilidades también. Una es recuperar el aliento, siendo que han sido varias semanas de inmovilidad que el cuerpo termina por asimilar como propia. Otra es encontrar un lugar para poder sentarse a ver, y con esa intención perder varios minutos. La menos probable, y no por esto despreciable, es sumirse de súbito en el movimiento de las olas, que consumen con su existir acompasado, que destruyen los escenarios del acontecer cotidiano, y que se mueven de una manera tan parecida al ritmo de la respiración propia. Lo más seguro es que suceda todo esto, en orden de aparición. Sin embargo, para la mujer azul que está ahí desde las cuatro de la tarde nada de esto ocurrió así. Ella subió desde la estela que deja la nave a su paso entre volutas de agua evaporada, y se quedó atrapada en el ensueño azul sobre un camastro de plástico, como enterrada en una arena que no existe.

Nadie repara en su presencia. Lleva horas con la mirada clavada en el camino de espuma que deja la proa, y pareciera que ni siquiera el silencio es consciente del lugar que ocupa en el espacio. El cabello no hace ruido con el golpe del viento, a pesar de que sí se le alborota como a cualquier otro. La piel no se le agrieta con la insistencia del sol ni suda con el calor de treinta y dos grados que azota la cubierta. Las nubes la pasan por alto, y la cubren con su sombra como los transeúntes lo hacen inconscientemente con la propia en el pavimento. Ella parece estar en trance, como si el mar se le hubiese metido por el orificio de la oreja y se la apropiase lentamente, de a pocos, como lo hace con la tierra que convirtió en playa, y los continentes independientes que convirtió en islas enajenadas. Ella es un archipiélago en sí misma: todas sus partes, aunque disociadas, existen en un mismo conjunto unido únicamente por las olas, y por ese transpirar rasposo de las pieles que pertenecen a la línea de costa.

Así la miro yo desde el camastro opuesto: sola, con los pocos ecos de brisa que le rosan la mirada. Las pestañas se le mueven levemente, y por eso sé que está viva. Porque parpadea, porque respira a través de los ojos clavados en el mar que no perdona su presencia fuera de él. Hago apuntes en un cuaderno usado que tiene algunas hojas en blanco todavía, y ella no para de hacerse aire.

3:52, desde el camarote más pequeño

Vine de vacaciones porque decidí que la ciudad ya me estaba haciendo daño. Salí de mi departamento con para encontrarme con el tráfico indeseable de las horas pico, y cuando llegué al aeropuerto suspiré con un alivio que nunca tocó fondo del todo. Seguí el protocolo y volé las horas necesarias para llegar hasta acá, como si de una lista de tareas por cumplir se tratara. Finalmente pude embarcarme, y cuando entré a mi habitación fue

como si hubiese regresado a casa: un cuartito de cuatro paredes que no promete más de lo que es, con un baño apenas digno, sin ventana y sin vida. El alivio de las horas antes del vuelo se frustró un poco, pero traté de ignorarlo por orgullo. Deshice la maleta y me propuse estar ahí dentro el menor tiempo posible.

Al salir del camarote minúsculo todo fue peor. La amalgama de turistas que me resultaron nauseabundos, pudo asfixiarme: las chanclas, los gritos, el olor a mucha gente reunida y las terribles playeras de palmeras que son tristemente tan populares me causaron pánico, e intenté huir con el poquito espacio que tenía para moverme. Dejando todo esto de lado, puedo decir que encontré un buen lugar para leer en uno de los quince bares diferentes que hay aquí, porque la biblioteca está repleta de viejecillos que hacen ruido al leer —la peor de las inmundicias que cometen los pseudo-lectores que buscan los títulos *best seller* del año—, y me causa demasiado conflicto que la gente tenga que repetir en voz baja lo que están leyendo *en silencio*, como si la capilla que tienen para rezar no les fuese suficiente. El bar está solo casi todo el tiempo, y aunque tiene un nombre muy poco original, sirven bien y no molestan, que para una persona como yo es importante.

Aquí puedo leer a mis anchas, sin ruido y con la buena compañía de una ventana que compensa la que no tengo en el camarote, porque es grande y no está sucia, y así puedo ver hasta lo que no existe sobre la piel crispada del mar. Diría Homero que el mar es barbado, y algo de verdad hay algo en lo que el poeta le dictó a su escribano en sus años de productividad desde la ceguera: es como si miles de ancianitos marinos se asomasen a la superficie con sus barbas blancas, y luego se volviesen a sumergir con la misma celeridad que aparecieron, sin decir nada. Cuando me aburro del mar y de sus formas, veo la hora que es y me regreso al cuarto con cierta renuencia. Normalmente son ya las diez, y como he estado ahí toda la tarde, me duelen las piernas de tenerlas en una misma posición.

La ilusión del movimiento se hace en el pequeñísimo tramo que recorro a pie a lo largo de los pasillos, bajando los escalones —que ya conté, y son veinticinco— y nuevamente

pasando por las puertas con números nones, hasta llegar al mío, que convenientemente está hasta el último extremo de la multiplicidad de puertas que tengo que pasar por alto. Meto la llave y me encierro hasta el día siguiente, en el que seguramente haré lo mismo, y lo mismo, y lo mismo. Como el mar, que no se cansa de volver y volver y oler y mover y roer y caer y, ay, qué caray. No puede ser que piense en tantas estupideces. Quizá la marea ya está surtiendo efecto en mi cabeza.

7:34, desde el desayunador más concurrido

Después de una noche terrible de mareo e insomnio me vi forzado a recuperar el aliento para ir a desayunar. El servicio no es tan malo en el comedor principal, en donde, en efecto, siguen la tradición inmundada de los *bufets*, pero por lo menos hay gente que sirve café en el lugar que uno escoja. Sigo pensando en cómo me olvidé varias horas de la mujer azul que me encontré ayer por la tarde: es impresionante cómo la desidia de tener que lidiar con desconocidos nubla la mente de las cosas que en realidad valen la pena. Pero algo hay en el café que ancla los pies en el suelo. De repente me resulta irónico pensar así, porque estoy en un barco que no ha echado anclas en tres días, y vaya, qué fácil es empezar a pensar en idioteces otra vez.

El barullo de los demás no es tan terrible en este momento. Todos comen, y a lo mucho, el ruido que escucho es el de los cubiertos que azotan contra las vajillas de la comunidad. Y encuentro algo de rítmico, incluso, en la manera en la que estrellan las cucharas contra los platos hondos, los cuchillos contra el huevo precocinado, las tazas contra el mantel usado: tic, ploc, tic, ploc, tic, ploc. Es otro tipo de marea. Una marea que nada tiene que ver con el cuerpo inconmensurable de agua que nos rodea a todos, pero que comparte ese carácter inconsciente de movimiento acompasado, constante, discreto. Tic, ploc, tic, ploc, tic, ploc. Así suena el jugo en los vasos de vidrio, las carnes frías sobre la superficie blanca de los platos, los cubiertos de plata barata al chocar contra los dientes de los comensales. E incluso este mismo ritmo está en la manera en la que el barco nos

obliga a comportarnos: comidas exhaustivas cada tres horas, con horarios y cantidades ridículas, y luego lo mismo otra vez, tic, ploc, tic, ploc, tic, ploc. El mar actúa de maneras extrañas.

En medio de este razonamiento sin sentido, me acuerdo de la mujer azul con toda lucidez. Pienso en el cabello, que hasta ahora me doy cuenta de que lo lleva corto, y en el vestido de tela vieja que le colgaba de los hombros, como una bandera blanca a media asta. Los huesitos de las clavículas se le entreveían a través de la carne delgadita, como una servilleta que pretende contener corazón, riñones y no sé cuántas vísceras más, como si las costillas o la columna vertebral no fuesen suficientes para contener sus partes más elementales. Ser de espuma, ser de medio viento, ser de brisa que se deshace, que se evapora, que se estrella contra las caras relajadas de los demás turistas sin que se den cuenta. Ser de agua extraída que busca regresar, pero no sabe cómo. Ser de agua extraviada. Tic, ploc, tic, ploc, tic, ploc.

Volutas de agua que se traslucen por los ventanales llenos de un sol pálido que apenas alumbra. Perlitas de agua que nublan la superficie de los ventanales enmohecidos del barco. Canales discretos de sudor que se enraízan sobre las frentes de la gente grasosa, gaseosa, gástrica. Tic, ploc, tic, ploc, tic, ploc. Mañanas cronometradas en términos de nudos náuticos. Ritmos cansados de música reciclada una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Trajes de baño usados demasiado. Tic, ploc, tic, ploc, tic, ploc. Cubiertos de materiales rudimentarios pero *efectivos*. Hombres y mujeres empleados para cumplir una función específica, a quienes los comensales ignoran o de plano no alcanzan a ver. Tic, ploc, tic, ploc, tic, ploc. Marcas caras, marcas viejas, marcas olvidadas y ¡aproveche el 50% de descuento! Servicio de lavandería sobrevaluado. La marea que no perdona en dos días de alta mar. Tic, ploc, tic, ploc, tic, ploc. Y coronándolo todo, una mujer que no estoy seguro de que exista, pero que respira con más fuerza que todos los demás que sí pagaron su estancia en esta nave comercial.

De pronto el aire se hace demasiado denso. Me paro y me salgo de ahí, despavorido.

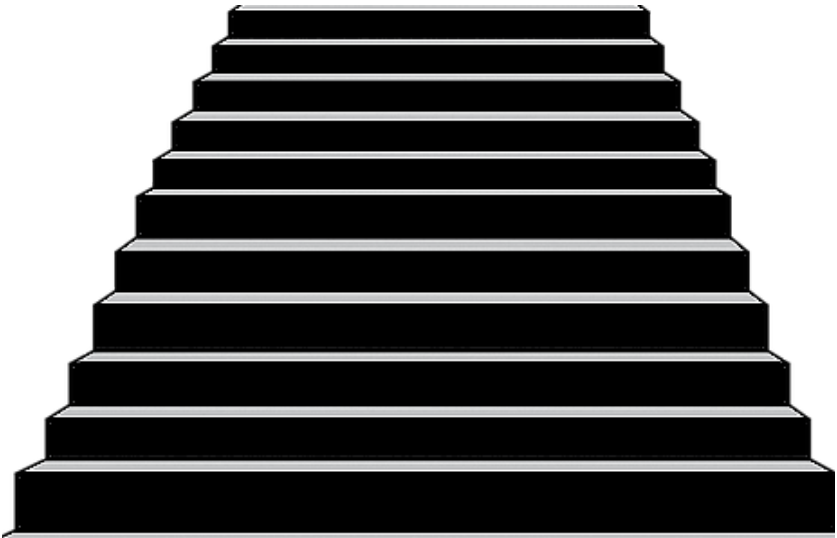
17:09, desde el camastro más alejado

Traté de evitar cualquier tipo de contacto con nadie durante todo el día. Ha caído ya la tarde, y pensé que era mejor ponerme a leer afuera. Pareciera que el librito que traigo es como un escudo: aunque no lo lea, está abierto, e inmediatamente repele a la gente. Quién sabe qué tendrá la lectura de espectral, que espanta más que los anuncios de gordas bajando de peso mágicamente con quién sabe qué píldora reconstructiva.

Cuando pensé que me había librado de cualquier tipo de inconveniencias, se desató la catástrofe: un niño se soltó a llorar detrás de mí. Lo más molesto ni siquiera era el ruido en sí, sino que no estaba *llorando*, sino que estaba *chillando*: la fuerza que requieren ese nivel de decibeles es verdaderamente insoportable, insostenible, indeseable. El berrinche pudo más que mi buen juicio. Me vi forzado a abandonar ese lugar también, preguntándome en dónde estaban los padres, y en última estancia, porque era yo así de insufrible conmigo mismo. Luego se me ocurrió que podría volver a subir al punto más alto, y el envite del mar hizo lo suyo una vez más. *

Subir las escaleras tiene algo de místico. El ciclo del movimiento de las piernas reactiva algo muy primigenio, muy escondido. No me fijé si esquivé, empujé o tiré a alguien. La verdad es que el susurro suculento de las olas se llevó mi sentir terrenal. Su silencio me hizo sucumbir al sol que sale de escena, a las aguas, a la brisa suave del último suspiro del día. Un flechazo, un torrente, un disparo de luz cegadora que me llevó con los ojos nublados hasta el punto más alto del barco, en donde no hay ruido, en donde no hay gente, en donde los tumultos se hacen remolinos de sal y las voces se hacen aire. El aire salado hace que los músculos ardan, que se sientan vivos, que vuelvan a ser funcionales. El barco empieza a moverse de un lado a otro, como si el mar lo azotase por todos sus frentes. Huele a viento y la boca me sabe a sal. Ya

dejé de sentir los escalones que se supone que estaba subiendo. Me olvidé del empuje en las piernas, de la gente incómoda, de mis escrúpulos imbéciles sobre mis compañeros de vacaciones. De pronto me encuentro a mí mismo solo, en el último piso del barco, con el cielo oscurecido y las nubes tapando la poca luz de las estrellas que nacen. En el otro extremo, está la silueta de un vestido que se levanta levemente con el envite salado del mar. De pronto me siento alado, y la litósfera se desprende del alcance de mis pies. Me voy, me voy, me voy, voy, voy...



LA NOVELA

María Elena Sarmiento

María Elena Sarmiento sueña que pasa tres años investigando y escribiendo una novela sobre Aphra Behn. Describe las injusticias con las que se enfrenta la mujer en el siglo XVII, la época que le tocó a la protagonista que ha escogido. Se sumerge en su pobreza, en su orfandad, en su falta de oportunidades para estudiar y poder convertirse en la persona que le gustaría ser. Se enfurece con el rey porque después de que Aphra lleva a cabo su labor de espía, él no le paga lo que se ganó con el sudor de su frente y les permite a los acreedores encarcelarla.

Imagina lo que sintió Aphra cuando al fin tuvo la oportunidad de salir de la cárcel y de empezar a ver sus obras representadas para la corte. Se pone feliz de vivir junto a ella el éxito. Se siente orgullosa de haber descubierto a la primera persona que escribió una novela en inglés y de saber que su tumba está en la abadía de Westminster, donde yacen los cuerpos de los grandes ingleses. Le permite a la rabia apoderarse de ella unos momentos cuando se da cuenta de que, por ser mujer, la historia la ha olvidado casi por completo.

María Elena termina la novela y la manda a un editor y a otro y a otro. No encuentra quién se la quiera publicar. Quiere despertar del sueño en un mundo en donde las mujeres que se han abierto camino entre varones logren permanecer ahí en el recuerdo de la gente, pero no está segura de lograrlo. Se pellizca, intenta abrir los ojos. Es inútil. De momento, sigue soñando.



LA BALA

Virginia Meade

Me sentí halagada porque un capitán del ejército, un hombre, no un muchacho, me escogió entre todas. Él sabía lo que quería; yo nada más fui el cuerpo que se disparó con fuerza. Nos mudamos a un apartamento para dos y en un tris: un bebé en mis brazos.

Por teléfono me avisaron que, en el ejercicio de campo, él resultó herido: la columna vertebral arruinada. Por un solo impacto, mi hombre, mi capitán, se dedicó a fumar y arreglar relojes; yo empecé a acariciar con el pensamiento la bala almacenada dentro de la pistola siempre cargada.



Paúl Núñez

A UNA NARIZ

Enrique Héctor González

*A la nariz la dimensión se ajusta
de lo que a la mujer conviene y gusta.*

Reinos de este y de otros mundos se han perdido por una nariz, ese palmo, esa pirámide, ese obsequioso prisma triangular que emerge enconado del mar de la cara como una vela perpetua. Aleta alerta, vivamente visible en ciertos rostros regulados por la simetría, aplastada ignominia de los boxeadores, pequeño pellizco o tacón sutil en las mujeres hermosas de todos los caletres, la nariz es también un objeto literario que ha sido lo mismo motivo de burla aviesa que de sinuosa sicalipsis, pues humor y amor suelen ser fuerzas de idéntica y conjunta enjundia en la prosa literaria. Su ascendencia, en este sentido, es kilométrica y cualquier apurado recuento solo reparará al vuelo algunas referencias en poemas y novelas salteadas que tal vez sirvan para generar, en el mejor de los casos, otras asociaciones donde esta “pirámide de Egipto”, como la llama por lo prominente Francisco de Quevedo en famoso soneto, asoma la nariz para decir quién vive.

Apéndice atractivo para mejunjes de brujas ávidas de devaneos eróticos, ya en el libro primero de esa espléndida novela de la decadencia latina que es *El asno de oro* de Apuleyo se menciona como el órgano preferido de las hechiceras en sus ceremonias demoniacas, por lo que era necesario dejar bien vigilado al difunto reciente en los cementerios si se quería evitar que amaneciera desnarigado por así requerirlo algún vecino aquelarre.

La sabrosa, divertida obscenidad de las viejas fábulas milesias griegas, de seguro agregó a algunos autores de vena licenciosa, como el mismo Apuleyo y más tarde Boccaccio, la silenciosa cuota de solapada lubricidad que erotiza su prosa y la reviste de un perfil lúdico innegable, como ocurre en la historia de la tinaja, aparecida en ambos autores y donde una mujer da instrucciones al marido sobre cómo restregar un enorme tonel que

están por vender mientras el amante, detrás de ella pero invisible para el esposo atareado, empeña su lascivia en empinarla bajo las mismas directrices. Pero se trata aquí de una tarea propia de ese otro aditamento ubicado más o menos en el mismo meridiano del cuerpo de los hombres aunque, según proporciones, unos sesenta o setenta centímetros más abajo.

Otra alusión frecuente a la nariz enardecida que algunos poseen parte al parecer del Hermano Juan, socarrón y belicoso personaje de la segunda parte del *Gargantúa* de Rabelais, quien orgulloso de poseer nariz grande (¿o glande?) agradece su tamaño a las blandas tetas de su niñera, almohada propicia para que el prepucio de su aparato ganara aparatosas dimensiones, pues “las tetas duras de las nodrizas hacen a los niños chatos”. La ocurrencia se continúa asimismo en ese gran compendio de la literatura humorística que constituye el *Tristram Shandy* de Laurence Sterne, donde el protagonista, por el deficiente uso de los fórceps de que hizo gala el Dr. Slop, médico de su deshonra, nació casi sin nariz o, más bien, con ella pegada a la cara. Se sabe que en la familia Shandy fue larga la tradición de apéndices afectados de diversas maneras, y Tristram no pudo ser la excepción pues el suyo, siguiendo con la obscena analogía fálica, lo fue por partida doble cuando, producto de otro descuido, ahora representado por la guillotinesca ventana de su cuarto (y uno ha de imaginar que sus marcos, en ciertas casas dieciochescas inglesas, debían ser pesadísimos), cae directamente sobre su pene y prácticamente emascula al niño.

En la atmósfera chusca y sicalíptica de los cuentos de Boccaccio, el volumen IV de la novela de Sterne da inicio con una más de sus cervantinas historias interpoladas, la de Slawkenbergius, cuyo órgano facial, de un tamaño francamente rabelaisiano, provoca todo tipo de tentaciones entre las damas estrasburguesas. En efecto, cuando intenta acariciarla la esposa del posadero donde se hospeda mientras va en búsqueda de una dama que ha huido de su lado (atracción y repulsión son reacciones intercambiables y Julia debió escapar sin duda de púa tan temible como es fama que era la de Protesilao entre los griegos), Slawkenbergius se opone pues, confiesa, “ya le he hecho a San Nicolás una promesa el día de hoy”, conducta devota con la que denota que ya se hizo justicia por propia mano.

Una obra que no niega su ascendencia shandyana es sin duda *Memorias póstumas de Blas Cubas*, del narrador brasileño Machado de Assis. La intención inicial del protagonista es la de recapitular su vida, como el Tristram de Sterne, pero no desde la etapa previa a su dilatado nacimiento sino situado ya plenamente en su sepulcro: de hecho, la historia está dedicada por Blas “al primer gusano que royó mis huesos”. Pues bien, Cubas recuerda en algún capítulo central de su recuento al *Cándido* de Voltaire (¿cabrá recalcar que esta obra es una estación vital más entre las prosas de innegable prosapia humorística de la literatura mundial?) al reparar en la importancia de mirarse la nariz, acto que equilibra —dice—, con su poder de concentración, la fuerza del amor. Y ahí mismo recupera el personaje machadiano la curiosa opinión de Pangloss, el maestro de Cándido, según el cual la nariz fue creada para estar justo ahí, en medio de la cara, con el evidente y único objetivo de poder sostener las gafas, los quevedos que nos remiten a la referencia inicial: el poeta español y su oda a la “superlativa” nariz del hombre a ella pegado.

En un vaivén incesante como el de todo movimiento pendular, la presencia del cartílago nasal, apodado *napias* cuando alcanza ciertas honrosas dimensiones, es copiosa y versátil en la historia literaria, donde el órgano del olfato faculta felices o fementidas alusiones lo mismo al apéndice sexual que al darse de narices con quienes, por mero afán lúdico o lúbrico, han sabido hacer de él una clara muestra de que, en este y en otros mundos, siempre es saludable que uno se las huela.



PENSAR EN ESPIRAL

Cecilia Durán Mena

Pienso y escribo en espiral

Como un fabulador que cuenta

Las cosas que brotan desde dentro

Desde las entrañas y nacen.

Las vueltas de la espiral cuentan historias

En una línea curva generada por un punto

Que se va alejando progresivamente del centro

Y gira alrededor de algún eje de referencia

Que tiene tanta fuerza que me hace volver y volver

Para arar los mismos surcos, para hablar de El Camino

Del vuelo de Ícaro

De la angustia de Dédalo

Del viaje de Ulises

De la espera de Penélope

De las constelaciones del cielo

De la vida en la Tierra.

De mí y de ti

Una y otra vez.

La espiral gira en torno al ángulo de referencia, en una línea doblada que se acerca y se aleja

Que huye y regresa

Que crece y se hace pequeña

que te busca y te abandona

y me convierte en una especie de ermitaño distraído

que va detrás de tu aprobación.





Piedad, David Limones



64, José María Lupercio



72, José María Lupercio



Variaciones en pastel, Cecilia Durán Mena



Reflejos y flores, Cecilia Durán Mena



Nahuales 1 Alexis Kawabonga



Nahuales 3 Alexis Kawabonga

FELISBERTO HERNÁNDEZ O EL ALETEO DE LA LEVEDAD

Enrique Héctor González

Lentitud, pasmo metafísico, afán memorista, nitidez en la creación de imágenes, son consideraciones que surgen a menudo de la lectura de Felisberto Hernández (Montevideo, 1902-1964), el escritor uruguayo que responde por una de las obras narrativas más originales de cuantas se hayan producido el siglo pasado en el sur de nuestro continente. Autor de una literatura que devela lo que hay o puede imaginarse detrás de las apariencias de lo real, escribió casi siempre historias contadas en primera persona y desde una *soledad presocrática*, a decir de Julio Cortázar, pues su contacto con lo real antecede a la razón: es pulsional y físico.

Se trata de relatos interiores, de personajes encerrados en sus pensamientos como en cuartos de escasa luz y, sin embargo, lúcidos y desaforados; de seres que devienen objetos móviles asfixiados por el mundo, por una existencia que los ahoga y los llena de hipos y jadeos, esperando siempre que alguien encienda las lámparas, que ocurra algo que los libere o los haga desaparecer. Correlativamente, las cosas, las casas, la naturaleza, la atmósfera misma en que transcurren las historias son agentes de cambios inauditos, prosopopeyas vivientes a las que los seres humanos parecen haber trasladado sus sentimientos y vivencias, su voluntad de ser. El protagonista de “El balcón”, por ejemplo, pianista contratado por un viejo para animar el desangelado encierro en que vive su hija, observa con esa rara sensibilidad tan frecuente en los personajes de Felisberto: “Cuando fui a hacer el primer acorde, el silencio parecía un animal pesado que hubiera levantado una pata”.

Motejarlo de surrealista o fantástico, según el autor de *Rayuela*, es humillarlo en la medida en que este juicio lo aísla y lo sujeta a un marbete ceremonioso que ya casi no dice nada de tan trasapelado. Se trata, más bien, de un cultor del desencanto, un “testigo sin ganas”, un “espectador al sesgo” de la realidad y la literatura. En el pequeño prólogo (una página) que antecede a “Las Hortensias”, cuartilla que Felisberto intitula “Explicación falsa de mis cuentos”, alega que sus textos “carecen de estructura lógica”. Como en el caso de muchos otros escritores, tenemos que tomar con precavida distancia tal sentencia, sobre todo si el mismo autor se ha encargado de ponernos en guardia con el taimado epíteto de “falsa” que atribuye a su exégesis. El nombre del protagonista de la historia citada —una de las más largas que escribió y que cómodamente puede leerse como una apretadísima novela corta—, Horacio, tarda en aparecer, luego de llamarlo “el dueño de la casa” y aun de otras formas, postergación que constituye un rasgo estilístico típicamente felisbertiano: la ocultación de una realidad que solo se presenta como escala de develaciones.

2 Las imágenes de los relatos de Felisberto Hernández parecen casi siempre música visual: suenan al verse, son formas previstas por el oído, siempre a punto de hacerse escuchar, como la de la muñeca que, frente a los cubiertos de una mesa, parece menos dispuesta a comer que a tocar el piano, ocupación que desempeñó el autor de manera profesional a lo largo de toda su vida: sus cuentos, en ese sentido, parecen correr sobre una partitura, como si quisieran contar para mejor cantar. La misma oscuridad de sus atmósferas funciona como una masa sonora, escritura plenamente plástica, sinestésica, con su algo de locura latente o explícita: casi siempre hay un socio incómodo, un centinela poco avisado, un prestamista en lo íntimo del ser de los personajes que no los hace ser otros sino los mismos, pero a

deshoras: “Yo estaba destinado a encontrarme solo con una parte de las personas, y además por poco tiempo y como si yo fuera un viajero distraído que tampoco supiera dónde iba”, escribe el protagonista de “La casa inundada”.

Es posible que la tímida aliteración que se advierte entre los nombres del personaje y su muñeca, Horacio y Hortensia, en el relato largo aludido líneas arriba, refleje la mudez de su amor amordazado. Porque sin duda este existe, lo mismo que los celos de la esposa, María, algunas de cuyas explosiones emocionales asumen la forma de un calembur avieso: “¡Qué le habrás hecho en el patio para que ella te dijera: ‘¡Qué Horacio este!’ Pero querida, ella me dijo: ¡Qué hora es?”. Y dado que el estilo de Felisberto, sin duda una de las notas más altas en el concierto narrativo de su obra, consiente el supremo artificio de volver audible y aun visible el silencio, la vivificación de los objetos y la objetualización de los personajes (dos caras de la misma moneda) producen una suerte de vacío existencial cuyo tráfico es a menudo un ruido, un ligero aleteo: el que hace el presente inmediato, pues casi todos sus cuentos asumen la instantaneidad de la imagen poética como su tiempo propicio.

A este respecto, Nicasio Perera ha observado que un atributo de su escritura es el uso frecuente de verbos en imperfecto (por ejemplo, el copretérito), forma que “conjuga sus valores de pasado, de inacabado, de durativo, muy aptos para producir angustia en el lector”. Este “presente del pasado” –de ahí su nombre de *co-pretérito*– proyecta simultáneamente la evocación sobre el presente de la conciencia que narra y sobre la conciencia misma del lector. Aun las “torpezas sintácticas” que observa Ángel Rama en los cuentos de Felisberto dan la impresión de ser anomalías deliberadas que denuncian ciertos tropiezos de planos de realidad que se quieren simultáneos, como en el cubismo, y que pueden leerse, a final de cuentas, como interferencias entre la ficción y la realidad, solo que en Felisberto los personajes parecen ignorar o desinteresarse por dónde está la frontera entre ambas, qué circunstancia o situación pertenece a cada cual.

3 Con frecuencia, para hablar de los objetos el narrador echa mano de su comparación con alguna persona: “La pequeña puerta de entrada era sucia como una vieja indolente”. La realidad y sus atributos, la naturaleza y sus animales, son enormes depósitos proyectivos, como en Poe, de las emociones de los personajes, rasgo heredado del viejo romanticismo que en Felisberto no soslaya su naturaleza de incómoda o remedante resurrección, pues se trata de historias donde la depresión vital es una tristeza que se traslada a los objetos sin triturarlos con su asma taciturna sino más bien haciéndolos refulgir a expensas de un misterioso sentimiento de camaradería y generosidad: “Se pusieron a conversar como si abrieran las puertas de dos jaulas, una frente a la otra y entreveraran los pájaros”.

No es imposible, en ese sentido, que Felisberto haya leído a ese otro gran objetualizador de la realidad literaria que fue el escritor español Ramón Gómez de la Serna, quien desde los últimos años treinta vivió en Buenos Aires, donde murió el 12 de enero de 1963, justo un año y un día antes que el escritor uruguayo. También Ramón —así se hizo llamar siempre— se quiso acompañar, como el personaje de “Las Hortensias”, de una muñeca a la que reverenciaba con su aire de gran señora; al margen de esta comedida coincidencia, hay en la obra de ambos un inusitado universo hacinado, móvil y dócil a la emoción surgida desde la gastada orilla de un mueble o un gesto corpóreo; esto es, una evidente avidez del mundo como cosa viviente, alimento para saciar la ingente capacidad de asombro de sus personajes.

4 Los relatos de Juan Carlos Onetti, el otro gran cuentista uruguayo del siglo pasado, comparten con los de Felisberto alguna atmósfera onírica, cierto automatismo psíquico como revés de la trama de la vida-en-sí. Se trata de una literatura que podría arrogarse, en ambos, el título de un libro muy distinto y casi antitético de los escritos por los autores uruguayos,

el *Material de los sueños* de José Revueltas, que los acogería con pertinencia, sí, pero también con cierta oblicua obviedad; solo que en el autor de *Juntacadáveres* no aparecen, o nada más por excepción, un yo-narrador tan intenso y verborreico ni las dificultades de la escritura como hilo conductor del relato. En “Las dos historias”, por ejemplo, Felisberto hace del apunte, del mero borrador del protagonista, dos relatos inacabados y contruidos a retazos obtusos de imágenes imprecisas. Pero, así como ese personaje y narrador en primera persona es con frecuencia un escritor, naturalmente suele encarnar, asimismo, como ya se ha dicho, en un pianista empujado sobre el mal sueldo de contratos inverosímiles y caprichosos de viudas ricas o salas desoladas, con lo que el autor cubre el doble perfil de sus dos pasiones obsesivas. En “Las Hortensias”, por ejemplo, Walter toca música mientras Horacio se pasea en escenarios fantasmales, casi como lo hizo el propio Felisberto cuando, para ganarse la vida, tocaba la pianola en cines que exhibían películas mudas.

5 De otra manera, absolutamente distinta a la literatura de Borges, la de Felisberto Hernández, escasa, reducida a no más de cuarenta historias de extensiones que oscilan entre las diez y las sesenta páginas, conjuga una curiosa reticencia a la retórica o a la dificultad léxica con una hipertrofia de la realidad contada que se dispara múltiplemente en planos de situaciones plenos de sugerencias psicológicas y aun metafísicas. Como en Borges, no son las palabras en sí mismas, la mayoría de las veces inusitadamente simples y hasta banales, sino su acomodamiento y poder de evocación lo que singulariza los cuentos. Pero, a diferencia del autor de *Ficciones*, el *aleph* de Felisberto no es un universo pascaliano cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna sino un mundo de consistencia fantasmal y dimensiones divergentes donde las ventanas “se habían quedado distraídas contemplando hasta último momento la claridad del cielo”.



ERROR...VIRUSDETECTADO

————— María Elizabeth Barragán Jiménez —————

¡Finalmente, el día ha llegado! Todos me decían que ya era demasiado tarde, pero sabía que algún día lo lograría. Ahora, les mostraré que nunca más tendrán una USB de mejor calidad. Mi nueva dueña me pone junto con los otros artículos de oficina que tiene en la canasta. Su toque fue algo abrupto y las carpetas de dos aros me están aplastando, pero no podría ser más feliz por irme de este lugar.

El viaje pareció durar una eternidad, o a lo mejor lo sentí así porque estaba en la base de la montaña de productos que provenían de *Office Max*. ¿Qué ha pasado con “los más pequeños en la parte de arriba”? En la época de mi abuelo, el *disket* de 3 ½, todavía se mantenían esos valores y veo que ya no más. Muy triste la verdad.

Al fin puedo respirar... ¡Vaya! No llevo ni dos minutos y ya me están utilizando... ¡qué emoción! Siento un chispeo en mis circuitos y sé que estoy dentro. La cantidad de información que hay es tanta que de repente creo ver doble.

Alcanzo a ver al cursor desde aquí abajo. Se mueve con una velocidad sorprendente y no tarda mi nuevo dueño — creo que es el hijo de la que me compró — en llenarme de un manjar de información de ... ¿qué es esto? ... ¡PORNO! ¡DOS MESES DE ESPERA PARA ESTO!

Mi hardware no puede más; lo mismo si me hubieran metido un virus. Hasta aquí ha llegado la vida del honorable ... Me vuelvo a mover. Creí que la extracción iba a ser más dolorosa, aunque no más que mi destino, y ahora, ¿qué me espera?

Tres años. Porno. Carpetas con las fotos de las vacaciones en Acapulco. La película pirata para la tía. El proyecto que vale

Paúl Núñez

el 50% de la calificación final. Ups, se borró. Más proyectos y tareas. Cuentos de alguien. Yo creo que sí va para escritor. Las fotos de la boda de la ex. Las fotos *photoshopeadas* de la boda de la ex con Trump. Más porno. Los documentos para sacar el pasaporte. Las babas de un bebé. Las fotos del bello bebé. Una presentación hecha con los pies y otra para llorar. La fotocopia de su diploma universitario. Ni sé cómo le hizo. Mira, las fotos de su primer amor. Las canciones de su primer desamor. Y duro y dale con el porno. Videos con coreografías de *hip hop*. Será una gran bailarina. Los planos de su nueva casa. El manuscrito de su primera novela. Ya sabía que iba para un *best-seller*. La receta del mole, del arroz y de los romeritos de la abuela. Las fotos de su primera presentación. Recuerdos, recuerdos y más recuerdos...

Y todos me han llevado a donde estoy ahora, el bello ático decorado con la tela más fina en el mundo... la mismísima araña la tejió durante todo este tiempo. Me reuniré con mis viejos amigos y creo que el de la esquina es mi tío el CPU. Al fin, a descansar ... o bueno, casi. Supongo que un último trabajo no haría daño y no hay mayor honor que realizarlo en la computadora madre del ático. Un último traba ... "Error...Virus detectado." ¡MALDICIÓN!



Eduardo Caballero

AMIGOS

Crista Aun

Llegué al café acompañada de todos ellos, yo quería ir sola, pero insistieron. No estás preparada para ir sola, te falta mundo. ¿Qué si es un pervertido y te quiere violar? A mí me llevas porque me llevas, que vea que no estás sola. Yo sólo voy para verle a la cara al tipo ese, me intriga la psique de alguien que apenas por mensaje se atreve a invitar a una chica a salir. Quisiera decir que me aturdieron y que por eso accedí, pero en realidad me faltó valor para negarme.

Orlando y yo nos conocimos en una sala de chat sobre arte, me buscó por mensaje privado diciendo que admiraba mi postura escéptica ante la nueva ola minimalista, en donde los críticos están dispuestos a comparar un lienzo en blanco con un Rubens, con tal de vender la pieza. Al principio sólo hablábamos de arte, pero poco a poco, él fue elaborando preguntas personales a raíz de mis análisis y críticas, y con naturalidad nos hicimos amigos, semanas después ya nos confesábamos intimidades, aunque no nos conociéramos ni el arco de la ceja. *Estoy enamorado de tu forma de pensar, me gustaría conocerte y descubrir si también podría enamorarme de tu persona*, escribió. Las diecinueve palabras me inquietaron más que si me las hubiera susurrado al oído.

Busca una mesa cerca de la salida, por si tienes que salir corriendo. ¡Claro que no, una en la que quede un muro a tu espalda para que tengas visión de todo el lugar! Asegúrate de tener el gas pimienta a la mano por si se quiere pasar de listo. Yo elegiré tu ropa, tú siempre vistes como monja, un poco de escote le pondrá sabor al encuentro. ¡Basta!, les dije, siquiera dejen que en esta ocasión sea yo quien decida, ustedes siempre se meten, ¡estoy harta!, por favor, aunque sea un poco de crédito concédanme, después de todo, la que lo conoce soy yo, a quien invitó a salir es a mí. ¡Mira nada más a la mosquita muerta, ahora resulta que no nos necesita! Tantos años de amistad y con primer tipo que le dice “mi alma”, manda a los amigos al caño. No seas así, los amigos se deben ver como bendiciones, ¿cómo te niegas una bendición del señor?, ¡Escúchalos!, además, yo

insisto, si vas sola, ¿quién te va a proteger? Ir en su contra resultaba agotador, cedí ante todos.

El viajaría sólo para conocerme, por primera vez en mi vida me sentí especial. Quedamos de vernos en un café muy céntrico. Nosotros llegamos temprano. Las palmas me sudaban, ellos se acomodaron, y yo esperé a que la tranquilidad también lo hiciera, pero aquella sensación jamás llegó. Me sentía rebasada, la angustia empezó a dictarme miles de posibilidades de fracaso para aquel encuentro.

Me mordía las uñas cuando el mesero se aproximó, *¿Qué le sirvo?*, me quedé callada, viéndolo como niña regañada. *¿Espera a alguien más?*, asentí y se marchó. El tiempo transcurría espeso, el bullicio de la cafetería me inquietaba, *¿Será una broma?*, he leído muchas historias de esas, pensé. *¿Y si es imaginario?*, no, no lo soñé, eso sería absurdo, ahí están las conversaciones en la computadora. *¿Será capaz de dejarme plantada?*, *¿qué si me vio y se fue despavorido?* Quise salir corriendo de aquel lugar, los pies no me respondieron, por un momento sentí que los demás comensales fijaban su mirada en mí, que me señalaban burlándose.

¡Hola!, dijo un joven acercándose a mi mesa, *¿Clara?*, quise negarlo, fingir que se equivocaba, pero el libro de arte clásico sobre la mesa me delató, era la señal que acordamos llevaría para que me distinguiera.

Se sentó frente a mí, sonrió. *Moría de ganas por conocerte, te imaginaba bella, ¡qué gusto, que la realidad me ha superado!* A punto estaba de abrir la boca para responderle que también me sentía feliz de conocerlo, cuando fui callada con un sinfín de preguntas que mis amigos le vertieron encima. *¿Cuáles son tus intenciones?* *¿Qué traumas ocultas tras esa pantalla para darte valor?* *¿Te gusta el sexo rudo?* *¿Crees en Dios, hace cuánto que no te confiesas?* *¿Por qué pones esa cara?* *¿De dónde sales ahora tan calladito?*, *¡en el chat eras muy comunicativo!* *¿Nos vamos a un motel o lo quieres hacer aquí en el baño?* *¡Habla o te muelo a puños, barbaján!*

¡Cállense!, grité. Orlando quedó petrificado en la silla, intenté explicarle: Lo siento, a veces ellos, pero, crucé los brazos sobre la mesa y bajé la mirada quedándome sin argumentos. De

rejo, vi sus ojos clavarse en mis antebrazos, en las líneas que surcaban mi piel, algunas con realce rosáceo, otras bermejo seco y algunas más de un rojo intenso, húmedo, un rojo que aún brota. Me miró a los ojos, abrió los labios, creí articularía una pregunta, pero sólo calló, se levantó de la mesa y me dejó ahí, con ellos, creí escuchar un: *Lo siento*, mas no lo puedo asegurar.

Abandonamos la cafetería de inmediato, dejé un billete sobre la mesa para cubrir el consumo que no realicé. Quise llorar, pero ellos no me dejaron. *¡Te dije, te dije que era un imbécil! Te faltó talento para seducirlo, a los hombres hay que rebajarlos al sexo, sólo así los convence uno de que se queden. ¡Carajo, debí darle una golpiza por cobarde!, ¿cómo pudo largarse así? Sin duda es un típico inhibido social con rasgos claros de violento disociativo, ¡de la que te salvaste!* En cuanto llegué a casa, cancelé la cuenta del chat.

Ellos continuaron, a veces son insoportables, jamás se callan. Yo los ignoro, a veces enmudecen un poco con cada línea que trazo sobre mi piel. *Quizá algún día, dice una. Sí, no pierdas la esperanza, comenta otro. Para la próxima lo citas aquí, lo amordazo y jamás te dejará, me propone uno más. Lo que tú debes buscar es un hombre sin complejos, uno de psique y autoestima saludable. Yo sólo les presto oído. Para la otra te lo llevas a la cama y ya verás, lo tendrás hecho un corderito.*

A veces desesperan porque finjo que son mudos y yo sorda, pero luego me invade la culpa y los consuelo: No se preocupen, ya llegará el indicado, ahí afuera hay alguien que me aceptará y me querrá tal y como somos.



SAGITARIO

Ludim Cervantes

*“En cierto modo todos somos prisioneros
de las circunstancias
y de los acontecimientos”
Nicolás Flamel.*

— Y sí... ¿te haces una limpia?— sugirió Pamela, su mejor amiga después de escuchar la mala racha y desgracias que padecía— no te ofendas, igual te ayuda.

Era la tercera vez en lo que va del mes que escuchaba esa recomendación. La observó con recelo. Aquellas supersticiones humanas no cabían en una mente hermética e intelectual, como lo era la suya. De sólo imaginarse en medio de hierbas e incienso recorriendo su cuerpo con ayuda de un indígena vestido con manta blanca, no gracias. No sólo era ridículo, iba contra sus principios.

Esta mala racha se debía a sus malas decisiones y los constantes errores que cometía por su necesidad de atención. Al menos reconocía esa parte. Nada tenía que ver la mala suerte o las estrellas. Lo que no entendía era hasta cuando debería soportar el peso de sus acciones sobre sí mismo. La empresa para la que labora estaba a dos de quebrar, su jefa era una mierda con él y para colmo las deudas crecían así como sus ganas de morir.

— No digas pendejadas, mejor saca otro six — respondió Kaus dejando caer su pesado cuerpo en el respaldo del sillón.

Su amiga abrió una botella de mezcal mientras sonreía. Siempre tenía dos o tres botellas extra para su amigo. Ya que después de salir algunas veces al cine o a bares, la costumbre era seguir bebiendo en casa de ella.

— Hace unas semanas fui con Samanta a Santa María la Rivera a leernos las cartas. El tipo que las leyó, fue bien acertado. ¿Por qué no vas? Igual te dicen la fuente de todos tus males.

— El problema soy yo no Houston.

— Vamos, no pierdes nada, si acaso trecientos pesos, pero para ti no son nada. El tipo además de leer el Tarot te orienta. Sé que no crees en estas cosas, pero tómalo como algo divertido, algo nuevo... como una investigación periodística.

Kaus rió, no pudo evitarlo ya que el rostro de su amiga se iluminó al contar su experiencia. Le emocionaban las cosas esotéricas a ella su Samanta, se volvían locas.

— Hazme ese favor, como amigos. Vamos. Haré una cita el viernes por la tarde.

— Espero poder, ya sabes que mi horario de trabajo es inflexible.

— Pues haces tiempo, cabrón, le vas a hacer un favor a tu amiga.

— Siempre les falló a los amigos, las parejas, la familia y a la vida. Intentaré no fallarle al Tarot.

Su futuro no parecía existir porque los días se parecían unos a otros. Encontrar la diferencia probablemente radicaba en el cambio de menú o encontrar un nuevo cómplice para pasar el rato. No estaba seguro cuánto tiempo aguantaría o sobreviviría. Poco a poco se acaba su entusiasmo. Sí caía en depresión sería una cifra más del padecimiento, al menos sería parte de algo estable en su vida. Por eso necesitaba el alcohol y los amigos para desviar ese vacío existencial. Sin embargo, al llegar la noche volvía esa extraña bruma que lo sofocaba.

¿Será la ciudad? ¿Mi trabajo? ¿La edad? ¿Será que ya no sirvo para nada? Pensaba antes de dormir. Mientras la Filarmónica de Berlín sonaba fuerte, todo perdía sentido: su nombre, las paredes, el niño interno que lo miraba desde el pasillo a su recámara, la música misma y la noche. Una enorme piedra invisible cayó sobre su espalda, sus piernas pesaban. Desde hace muchas noches no ha podido conciliar el sueño y era una proeza despertar.

Por su mente nunca cruzó la brujería. No creía en nada eso, sin embargo existía. Porque alguna vez vio esa magia en los ojos de una mujer, en la voz de un ave, el sonido del mar. Y sabía bien que la sustancia de los sueños, es la magia.

Hace mucho tiempo en su juventud, alguien le hizo una carta astral que tomó a broma, como cuando jugó la ouija y no pasó nada.

“Naciste bajo el signo de fuego” Dijo aquella persona. “Tu ascendente lunar es transitivo entre tierra y fuego. Posees un potencial energético y una enorme aspiración por el trabajo e innovación. Tu espíritu es apasionado y honesto. Como fuego, eres brillante, impetuoso y expresivo” ¿Quién determinó estás teorías? Se dijo así mismo. No tiene nada que ver mi nacimiento o con el movimiento de las estrellas. ¿Por qué los humanos creemos que el destino esta predeterminado por un numero? ¿Por qué los arquetipos nos hacen tanto daño?

Kaus estaba convencido que nada tenía que ver una constelación con su mala suerte. Tampoco creía en el karma aunque si debía pagar algo eran sus siguientes errores. Lo que no podía explicar era la sensación de ser observado, ni la imaginaria persecución en la calle.

Pamela y Samanta lo esperaban muy emocionadas en la Rivera de San Cosme cerca de una tienda departamental. A las cinco de la tarde era la cita con el Tarotista. Pamela preguntó si estaba nervioso. Para nada, respondió Kaus.

Aquella pequeña tienda esotérica le recordó un lugar que nunca ha visitado. Entre incomodidad y familiaridad cruzó el umbral. Una jovencita vestida de negro, les dio la bienvenida. Los invitó a sentarse en banquitos de madera. El Maestro, como lo llamó la joven, no tardaría en bajar. Kaus observó la tienda con curiosidad, entre brujas, amuletos, cartas y velas; un incienso abrumador lo tranquilizó. Pamela y Samanta conversaban animadamente con la joven, preguntaban el costo de joyas y libros. Frente a Kaus había una caja azul que decía “Tarot Alquímico” Algo lo hizo levantarse y caminar a él con determinación. No escuchó a sus amigas y tomó la caja. Leyó cuidadosamente la introducción. “A través del tiempo, la alquimia ha sido una ciencia misteriosa y exacta que ha transformado el pensamiento humano para trascenderlo”

— Buenas tardes. Bienvenidos — una voz varonil abrazó la tienda, Kaus tiró la caja. Sus amigas se burlaron — Tú debes ser Kaus. ¿Cierto? Hola, pasa de este lado por favor.

El Maestro, un joven de no más de treinta y cinco años. De cabello negro y vestido como miembro de una banda de metal. Llevó a Kaus al rincón de la tienda tras las cortinas de terciopelo púrpura. Ahí se encontraban dos bancos y una mesa cubierta por un mantel negro con símbolos celtas. Al tomar asiento un aroma a azufre y una luz intensa lo marearon. Lo último que escuchó fue el murmullo de sus amigas y la voz del Maestro pedir que revolviere siete veces las cartas.

Al abrir los ojos, la jovencita le daba el inhalador. Comenzó inhalar aun con la voz del Maestro en la cabeza. Él lo miraba preocupado a un costado de sus amigas, quienes estaban arrepentidas por llevarlo a la fuerza.

— ¡Que pinche susto! Creí que te morías— exclamó Pamela con lágrimas en los ojos.

— ¡Cállate! Sí eso es lo que desea, que algo acabe con su miseria — respondió Samanta, limpiando sus mejillas.

La joven y el Maestro se alejaron una vez Kaus estaba de pie. Pamela contó, tuvo un ataque de asma y al mismo tiempo se fue la luz. Kaus no recordó que paso, sólo las palabras del Maestro, el azufre y la intensa luz similar al oro. Vio en su mente la carta que lo representa *“El ermitaño”* El Maestro describió cosas que nadie podría saber; sus más oscuros secretos, los deseos más profundos y la composición de su alma. Además de cosas que debía solucionar. *“La muerte está cerca, debes cuidarte”* Mencionó a tres mujeres que ofrendaron sangre y dolor ajeno para verlo en la ruina y enfermedad. *“Destruyelas antes que acaben contigo”* Sus nombres se repetían una y otra vez. No quería creerlo. Sus manos pesaban y quemaban al mismo tiempo. Todo se repetía en su mente como una vieja película.

Confundido y adolorido por una gran golpiza, llegó a la avenida con sus amigas. Samanta pidió un taxi. Pamela no dejaba de comentar la mala suerte que tenía su amigo. “Vales madre hasta en la adivinación” Dijo. Kaus sonrió, sintió el calor del Sol, notó el brillo en su pálida piel. El cálido viento del verano refresco su rostro. Sus pies se enterraron en el concreto, no quiso moverse. Sus ojos se humedecieron. Fue como mirar todo por primera vez. No entendió nada, ni siquiera porque llevaba en sus manos el Tarot Alquimista.



OSCURO Y SIN FLORES

Isabel Hernández

Hay noches en que duermo mal y otras en que duermo pésimo. Anoche dormí pésimo, pero, por suerte esta vez, entre las imágenes de mis sueños vagabundos y escasos, la muerte no se asomó.

Es que me está pasando, últimamente, que mis sueños o más bien mis pesadillas vienen siendo presagios funestos, anuncios de mal agüero. Me veo muriéndome en sombras, en medio de una tragedia, y me encuentro conmigo mismo enterrándome solo; entrando poco después por una puerta enorme a una especie de paraíso desolado, sin gente, oscuro y sin flores.

Con todo esto, es obvio que termino pensando que es mejor estar despierto que dormir. Pero ¿será verdad que es mejor estar despierto? Las noches son largas y agotadoras, pero tampoco son muy halagüeños mis días. Sobre todo, desde que se fue Amalia.

Ahora que estoy sentado a la mesa de la cocina, intentando que la taza de café me despabile y tratando de descifrar los titulares del diario, me acuerdo de las mañanas con Amalia. Yo nunca escuchaba lo que me decía, pero me gustaba verla moverse, hablarme de muchas cosas, desplegar su inagotable energía entre las cuatro paredes de la casa.

Yo nunca aprendí a conducir. Por eso, después del desayuno, bajábamos al estacionamiento, subíamos a su automóvil siempre conversando, y ella tomaba el volante y, siempre hablándome de algo, me dejaba en la puerta de la oficina antes de seguir para su trabajo. Ahora, en las mañanas, tengo que caminar, tomar el metro y después volver a caminar un largo trecho y en silencio, hasta llegar a la empresa.

En mi trabajo no veo a mucha gente. Me paso todo el día verificando archivos o creando otros. Mi jefe y mis colegas deben pensar que soy un tipo introvertido porque me hablan poco y casi no me miran, aunque entre ellos conversan todo el tiempo. A mediodía me gusta almorzar siempre en la misma

cafetería, la del primer piso del edificio donde está mi oficina. Nunca pido el menú porque no me gusta variar; prefiero pedir el mismo plato: pollo al horno con papas, que sé que es bueno y así voy a lo seguro.

El problema son las noches, ahora que Amalia se fue.

Mejor dicho, las tardes y las noches, porque salgo del trabajo cuando todavía hay luz solar, aunque sea invierno, y no sé qué hacer. Antes, digo antes de que se fuera Amalia, siempre tenía que acompañarla a algún sitio, siempre había algo que hacer, compras, trámites, visitas. Amalia tenía muchos amigos y yo la acompañaba a casa de ellos, Siempre conversaban sobre diferentes temas, a veces yo escuchaba, a veces no. Es curioso, pero ahora ni siquiera me acuerdo quiénes eran los amigos de Amalia, dónde vivían, ni de qué hablaban. Desde que se fue Amalia no los he vuelto a ver y tampoco recuerdo mucho de aquellos encuentros. Había algunas parejas a las que les gustaba la pintura, la música o el cine; otros preferían comer bien, cocinaban ellos o íbamos a algún restaurante todos juntos, aunque a mí eso me incomodaba un poco. Soy algo metódico, me gusta seguir una dieta, no bebo alcohol, no fumo. A veces me cansa la gente.

No es que yo sea aburrido, no. Amalia me dijo una vez que yo era aburrido en la cama, pero no; aunque también es cierto que, últimamente, no hacíamos mucho el amor. Tal vez porque a mí dejó de interesarme, no lo sé.

Tampoco sé a quién le estoy contando todo esto, supongo que, a Amalia, aunque ella ya debe saberlo.

Pensando y pensando, se me está pasando la hora y ni siquiera he terminado de leer el diario; tengo que salir rápido o voy a llegar tarde a la oficina y encima tengo que llevar la ropa a la lavandería. Antes, Amalia se ocupaba de eso.

Ahora que lo miro con algo de detenimiento, este departamento está un poco desordenado desde que se fue Amalia. También lo noto oscuro, no sé qué pasa porque las lámparas están en el mismo lugar, pero parece que ya no entra tanta luz por la ventana como antes; debe ser la llegada del invierno.

Amalia compraba una vez por semana unos ramos de flores, las llamaba alstroemerias, eran de diferentes colores y las ponía en distintos jarrones y por todas partes. Era un poco incómodo, porque el departamento es bastante pequeño. En fin, de todas maneras, tengo que admitir (mejor dicho, tengo que confesarme a mí mismo) que antes de que se fuera Amalia, aquí había más luz y había flores.

Pero ahora no tengo tiempo para pensar en todo esto. Tengo que ponerme en camino, dejar de contarme a mí mismo mi propia historia e irme al trabajo.

Listo. Por suerte el ascensor está vacío y ya no tengo que bajar a los estacionamientos del subsuelo; salgo por la puerta del primer piso del edificio, directo a la calle.

Sí, directo a la calle.

Llueve. Llueve mucho y no bajé el paraguas. Ah, también me olvidé en el departamento la bolsa de la lavandería, esto me pasa por salir apurado y andar pensando y pensando. Ya tendría que estar en el metro.

Esa mujer que viene caminando por la vereda de enfrente, bajo el aguacero, y va a cruzar la calle, se parece a Amalia.

Es Amalia. No, no es Amalia.

Sí, es Amalia.

No es Amalia.

Ella cruza y yo cruzo, la mujer corre, yo corro.

La lluvia arrecia. Ella cae.

No es la mujer la que tropieza, tampoco es Amalia, soy yo. Yo soy el que caigo. Los adoquines están mojados, resbalosos, no hay gente en la calle.

El conductor está confundido, incrédulo.

El ruido del freno del automóvil le da sentido a lo inexplicable. El grito, las luces, un ruido, las sombras, la puerta grande, un lugar desolado, sin gente, oscuro, sin flores.

Es el silencio de Amalia, el rumor de una caracola de mar cerca de mi oído.

Otro silencio, el silencio de Dios.

FORASTERO 32

Harchiboldi (A. F. González)

Entre los fusilados de aquella mañana de mayo estaba el cadáver joven de un pintor; un paisajista extranjero, arrestado y condenado por órdenes del gringo Cooper.

Tres soldados junto con el gringo habían ido hasta su habitación en la posada de doña Guillermina, antes del amanecer. Derribaron la puerta y le echaron un balde de agua helada. Cuando se irguió, le dieron un culatazo en la mandíbula. Doña Guillermina y varios inquilinos vieron en silencio como lo sacaron a rastras, semidesnudo, empaado y desmayado como un criminal. Atado de pies y manos lo echaron en la carreta. Sus cuadros los sacaron uno a uno cubiertos con cobijas y prendas del pintor y los acomodaron en un coche diferente con destino desconocido.

La revolución estaba en su cénit en ese punto de control fronterizo; en ese pequeño y desconocido pueblo se acuartelaba casi toda la falange villista. El pacto era que el gringo le suministraría municiones y armas al regimiento durante cinco años, a cambio de la muerte del pintor. Él conservaría los cuadros y la identidad del fusilado. Nadie debía nunca saber su nombre verdadero, ni porque él lo llamaba forastero 32. En cualquier registro, si lo hubiera, se le identificaría como tal. El coronel aceptó de buena gana el acuerdo, pero intrigado, organizó una escueta investigación, después de la ejecución, a espaldas de Cooper.

Era norteamericano también. Escribía lo que quería en el desayuno con la ayuda de un diccionario bilingüe, que siempre llevaba consigo junto a su cuadernillo de bocetos y sus lápices. Llevaba poco menos de un año viviendo en la posada, donde todos lo conocían por el nombre que figuraba en la rúbrica de sus pinturas, Manríquez; aunque este era sólo el seudónimo que había adoptado a su llegada a México. Se dieron cuenta pronto que el paisajista no hablaba porque no tenía lengua. Se la habían cortado hacía muchos años. La mayoría infería que por chivato

o por haber insultado a alguien poderoso. Quizá al mismísimo Cooper, reflexionaron después del fusilamiento. Los menos estaban convencidos que era por un lio de faldas, pues le habían visto un estuche donde guardaba con religiosidad y recelo, la fotografía de una mujer de la que no pudieron asegurar si era agraciada o era fea, o si era joven o madura, porque el pintor jamás le permitió a nadie siquiera un vistazo. Bebía poco, y pintaba mucho. Precisamente así se mantenía, de pintar. Tres comidas diarias y un techo le eran suficientes. Era un melancólico al que rara vez vieron sonreír y que nunca tuvo problemas con nadie.

Al mediodía, un soldado bigotón despertó al forastero de una fuerte bofetada, en la misma mejilla donde había recibido el porrazo con el rifle. Abrió los ojos como si despertara de un largo sueño. Estaba acostado en posición fetal bajo la sombra de un encino; el sol reflejado en la tierra lo encandilaba. No podía moverse, aún estaba atado de manos y pies. Pudo girarse sin esfuerzo para evitar el golpe de la luz a sus ojos, pero no lo hizo. Le dolía toda la cara y tenía un sabor acerado en la boca por la sangre. Le quitaron los amarres y lo pegaron a una pared agujerada, bañada completamente por el intenso sol. No se resistió. Aunque tenía sed y hambre, no intentó decir nada. Su único pensamiento era la mujer de la foto. También se preguntaba si las balas lo atravesarían.

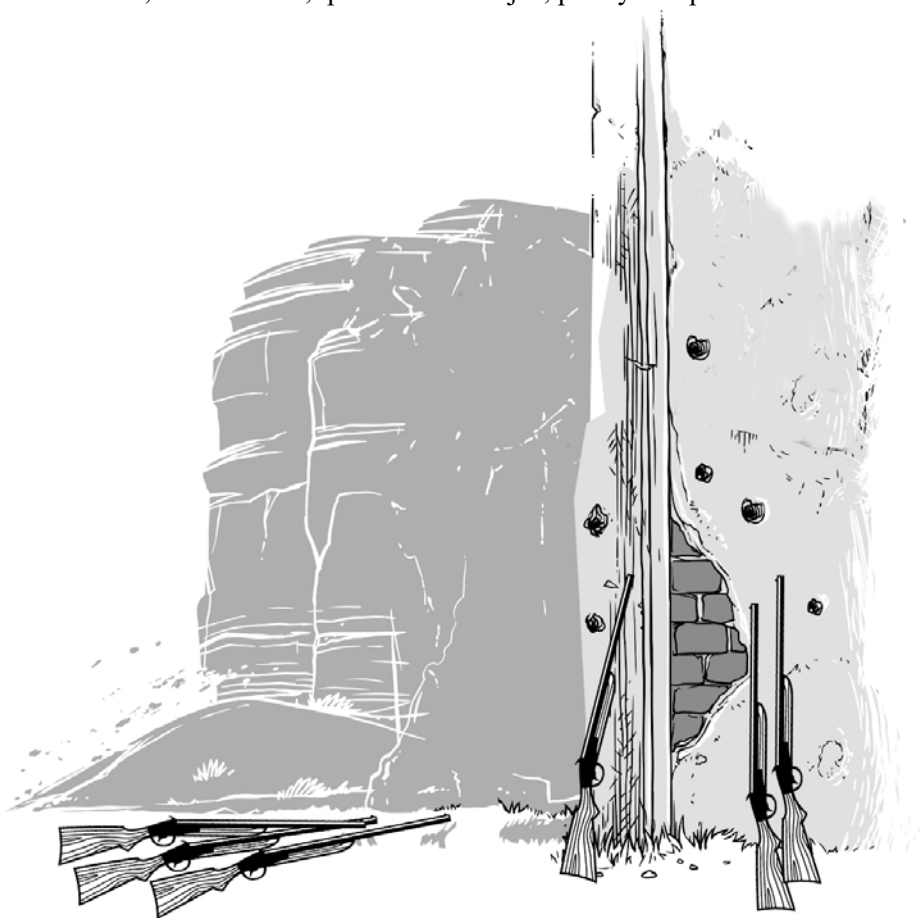
Estaba tranquilo. Comprendía porque lo mataban; casi sintiéndose merecedor de esa pena capital. Morir fusilado es una muerte poco romántica, había oído decir a alguien, pero no recordaba a quien. Para él, era todo lo contrario. No será una muerte perfecta, pero sí adecuada para su crimen, pensaba.

Vio a dos hombres sucios y barbados, con la mirada vacía, sentados en la tierra, con las manos atadas al frente esperando también su fusilamiento. A unos metros estaba Cooper, mirándolo a él, desde la sombra de una tienda, junto al coronel. La distancia entre ellos no era tan considerable, pero no podía asegurar si Cooper sonreía o eran nuevas arrugas alrededor de la boca, las que le conferían ese gesto de satisfacción a su viejo

rostro. Él nunca había sido bueno para las caras, para interpretar expresiones, para rememorar detalles fisonómicos que plasmados con dominio le darían potencia a un retrato. Por eso, siempre prefirió los paisajes. Le era más fácil lograr que una cabaña solitaria en la cima de un cerro despertara recuerdos felices de la infancia de cualquiera al contemplar la escena; o hacer que las líneas en la corteza de un ahuehuate parecieran surcos de lágrimas dejados ahí por algún dios. Sin embargo, muchas veces deseó pintarla a ella, a Eugenia, la mujer de la fotografía en el estuche, la mujer que tanto amó.

Siempre deseó tener un retrato fiel de la Eugenia enamorada, la Eugenia de aquella breve época de salud, la Eugenia de aquel presente fugaz, en el que fueron felices. Sólo una vez intentó pintarla. Ella sentada en una roca grande, un vestido añil encima de una tersa piel que recién había recuperado su color, unos aretes con gemas blancas, sus manos inquietas sobre sus muslos, su cuello largo y esbelto tomando protagonismo junto con una sonrisa vital y su mirada, tal vez su mirada más sincera. Cada pliegue del vestido, cada minúscula sombra, su cabello como si lo hubiera pintado fibra por fibra. Terminó el resto del retrato dejando para el final el enclave de su belleza, esa área con vida propia, sus ojos. Pero no pudo dibujar las cejas. No pudo conseguir el correcto grosor, la suave curvatura, la distancia casi nula hacia las pestañas, hacia el color dulce melancolía de sus iris. Sus cejas eran un universo entero. Sin las verdaderas cejas de su musa, incapaz de recrearlas, de recrear ese manantial de todo el sentimiento de felicidad que ella irradiaba, el cuadro perdió todo su valor. Nunca pudo finalizarlo. Poco después, la enfermedad volvió, y rápidamente la consumió. Ella, sintiendo próxima su muerte, le regaló esa única fotografía de una lozana Eugenia de diecisiete años, antes del primer síntoma de la enfermedad. Esa imagen que conservaba sólo porque ella se la había obsequiado, porque para él representaba un recuerdo ficticio, un bosquejo que no correspondía a la Eugenia que anhelaba recordar, a la Eugenia enamorada del paisajista pobre. A su Eugenia. Cuando falleció, destruyó el inacabado cuadro. Tiempo después, huyendo, llegaría hasta México.

El viento había cesado. El sol alto lo hizo sudar. Contempló, por última vez, un cielo sin nubes, pintado de un azul que nunca consiguió en el lienzo, sin aves carroñeras volando en círculo sobre su cabeza. Seis tiradores, armados con carabinas Winchester le apuntaron al tórax. Su arte, su amada Eugenia, su país, nada importaba ya; ni la venganza del gringo. Al morir todo se desvanece, le susurró una repentina ráfaga de aire. Cerró los ojos, y los apretó antes de la orden de fuego. Oyó dos disparos y se dobló de dolor. La séxtuple descarga fue casi simultánea. Al caer, todavía vivo, quiso abrir los ojos, pero ya no pudo.



LA TORRE

Roberto Omar Román

Marlene, te envió una tarjeta postal de la torre, ¿recuerdas?, la que contemplamos cierta tarde en una página de *Magazine Magic*, en la sala de espera del Dr. Fourman: la que tanto te gustó que me pediste arrancar la hoja para después pegarla en tu recámara. Tal como suponías, tiene más de setenta pisos; para ser exactos, ochenta y cinco; lo sé porque aquí vivo. No, no te sorprendas, te voy a explicar: un día hallé al pie de la puerta de mi casa un sobre estampado con un burdo escudo medieval: una armadura flanqueada por una espada y un cáliz. Dentro del sobre venía una *invitación-pasaporte*, por decirlo de algún modo, a un viaje. El nombre del remitente y la firma eran ilegibles; sin embargo, estaba claramente marcada la dirección, la fecha y la hora de salida del autobús en un boleto.

El itinerario fue espléndido, reconocí los lagos, las plazuelas, los kioscos y las pirámides por donde tú y yo paseamos alguna ocasión. Así las cosas, cuando repentinamente divisé la torre, me levanté de mi asiento y bajé apresurado del autobús, con el consiguiente espanto del chofer, que me soltó una retahíla de augurios.

. A un costado del herrumbroso portón de la torre había una estrecha entrada que daba a una escalera de piedra en espiral. Subí. Cuando llegué al primer piso, el vigilante, así se nombró, un hombre encorvado, de ojos prudentes, gelatinados por la vejez, me advirtió, por bien mío, no subir al siguiente piso; es más, me exigió, con su voz quebrada, bajar de inmediato. Tú conoces mi carácter rebelde; envalentonado por la prohibición puse en su mano tres billetes y lo ignoré. Me desplazé al siguiente piso; no te imaginas mi sorpresa de encontrar allí a otro octogenario vigilante, quizás sólo un par de años menor al primero, quien me

palmeó el hombro e invitó paternalmente a descender antes de arrepentirme, pero volví a echar mano del dinero, y acicateado por la curiosidad alcancé el tercer piso. Mi azoro se convirtió en incredulidad: el tercer custodio era también muy viejo y también me instó, menos enfático, a desistir; le guiñé un ojo y repetí el cohecho. Continué ascendiendo.

Supondrás mi desagrado de sobornar viejos corrompidos, pero bien sabes mi intrepidez es imbatible. Lo trascendente de esta maniobra destaca en el descubrimiento de que, conforme *ascendía* al piso inmediato y repartía menos dinero, *descendía*, por así decirlo, la edad de los vigilantes. Y, en esa misma proporción, menguaba su interés en persuadirme a bajar. Para no ser repetitivo con los hechos, te cuento que, colgado en un muro del piso ochenta y cinco, el último de la torre, como ya te comenté, reconocí el escudo medieval estampado en el sobre. Y, en concordancia, el vigilante de este piso, un hombre más o menos de mis años, llevaba puesta una armadura, en la mano derecha empuñaba una espada, y en la izquierda sostenía un cáliz. Él ya no me persuadió a bajar; por el contrario, sonrió y me invitó a sentarme en un diván turco idéntico al del consultorio del Dr. Fourman. Después de darle mi última moneda, me contó la historia de la torre. Palabras más, palabras menos, te la refiero:

A la cumbre se acude por un llamado o destino inaudito; nadie sabe cuál es la importancia o razón de cuidarla, pero quien arriba asume de inmediato la responsabilidad de sustituir al vigilante y permanecer aquí hasta la llegada de un visitante. En este punto la trayectoria se invierte, es decir el vigilante sustituido da dinero al vigilante del piso ochenta y cuatro para ocupar su lugar y él hará lo mismo con el del piso ochenta y tres, y así sucesivamente. De esta manera, cuando un incauto, lo digo por mí, llega al piso ochenta y cinco, el vigilante del piso uno queda libre. Ya para entonces, éste es un carcamán. El dinero acumulado, producto de los sobornos, tiene el noble propósito

de financiar la estancia de los vigilantes liberados de esta abominable cadena, en una digna casa de retiro.

Marlene querida, no te pido venir a visitarme, pero si aún tienes interés en casarte conmigo, recomienda a ochenta y cinco hombres, a los que menos aprecies en la vida, a escalar la torre. No te imaginas lo incómodo de llevar puesta la armadura y sujetar la espada y el cáliz. Sigo confiando en tu amor, porque, aunque a veces me atormenta el mal pensamiento, me niego a creer que tú enviaste el sobre medieval a la casa para deshacerte de mí y casarte con Fourman, tu psicoanalista, ¿o estoy equivocado?



21 DE DICIEMBRE 2012

Beatriz Gonzáles Rubín

Y se supone que ese día acabaría todo. La gente tenía miedo, algunos se despedían de sus seres queridos, otros pedían perdón a aquellos con los que tenían rencillas, unos cuantos esperaban resignados el fin; muchos gastaban, bebían y buscaban pasar las últimas horas en el goce y disfrute.

Pero el fin no llegó. La gente perdía el miedo, algunos abrazaban a sus seres queridos, otros volvían a pelear y a ofender, unos cuantos se armaban de rebeldía, muchos veían sus finanzas disminuidas considerablemente y su salud menguada.

“Los mayas se equivocaron”, “cuantos no han predicho el fin del mundo”, “videntes de pacotilla”, “¿tú crees en eso?, no seas absurdo”, palabras y más palabras que nos decíamos los que habíamos esperado la hecatombe que no nos impactó.

Los días pasaron, se convirtieron en semanas, en meses, en años... todo había quedado atrás.

Regresamos a la cotidianidad, a la rutina, al trabajo, a la agresión, a la envidia, a las ganas de sobresalir; a negarnos a olvidar, a soltar, a perdonar y así seguimos viviendo.

Presidentes cambiaron, la paz se mantenía con alfileres en algunos lugares de la tierra, en otros los proyectiles mermaban a la población, acababan con ciudades y la migración se volvía una gran preocupación. Países cerraban sus fronteras, “protegían a su gente”, la hambruna reinaba en varios lugares, algunos ataques “terroristas” se presentaban y los gobiernos imponían medidas estrictas.

El tiempo no se detenía, los años cambiaban rápidamente. La economía era una preocupación mundial, los polos se derretían, el terrorismo empezó a estar presente en muchos lugares: bombas, autos que atropellaban a personas, balaceras en grandes eventos; la deforestación era cada vez mayor, huracanas nunca vistos dejaban devastación a su paso, terremotos asolaban a millones de personas.

No era todo, al poder llegaron dementes que amenazaban con lanzar misiles de destrucción masiva para acabar con sus enemigos.

Y a todo eso nos acostumbramos. Día a día las noticias estaban inundadas de tragedias, desolación y muerte. Todo nos era ajeno, oíamos esos eventos como si fuéramos intocables y eternos.

Nunca entendimos que el fin no fue de golpe, no fue el *Big Crunch*. Empezó con paciencia, destruyendo, arrasando; como una enfermedad silenciosa que invade y aniquila sin que el portador sea consciente. Aquí seguimos pero es seguro que solo por un tiempo, la extinción empezó... no entendimos que teníamos que cambiar, de haberlo hecho el futuro sería prominente: *“La reintegración de las conciencias individuales de millones de seres humanos despertará una nueva conciencia en la que todos comprenderán que son parte de un mismo organismo”* (Pérez Velázquez 2010)

No lo hicimos, la condena se dictó, nos desmoronamos y así esperamos la noche eterna.



**(1) Pérez Velázquez, Juan Carlos (2010). La Verdad del Futuro. Tomo I. Reflexiones. Guatemala: Imprelat.*

ENTREVISTA

María Elizabeth Barragán Jiménez

Entrevista a Lucas Di Giuseppe

—¿Qué nos puedes contar del Laberinto Cultural SantaMa?

—El Laberinto Cultural SantaMa tiene dos años de existencia. El objetivo fue poner un centro cultural; no había lugar definido, pero apareció esta casa que estaba en renta. El nombre del laberinto viene junto con la casa, porque al recorrer la casa, uno se da cuenta que todas las habitaciones tienen varias puertas, que todo está interconectado, uno puede perderse fácilmente. Además, está el lado filosófico que es el de buscarse a uno mismo, por lo que se mezcló la realidad con una utopía. De a poco fue apareciendo gente que querían dar talleres, clases de música, artistas que querían dar clases de arte y luego empezaron a haber eventos como bazares, una vez por mes, conciertos, todos los fines de semana, y exposiciones que duran un mes. El lugar es tan grande que da para muchísimo más.

—¿Qué fue lo que los llevó a tener esta idea en un principio?

—La idea primera la tuvo mi esposa, ella trabaja en la parte de sistemas, pero siempre tuvo el sueño de buscar la parte del arte, por lo que siempre quiso hacer algo con el arte. Estudió música en el FERMATTA, pero quería algo más. En su primer momento buscó sólo poner salas de ensayo, pero fue a Argentina, de donde yo soy, y allá las salas de ensayo vienen con un bar. Vas a las salas de ensayo, sales y hay un bar donde puedes tomar algo y quedarte a ver algo. Las salas de ensayo están metidas en lugares culturales como aquí; tú vienes a ensayar y si hay una obra de teatro o un concierto te quedas. Al final, fue la idea de mezclar eso; y al encontrar esta casa, empezó a encontrar este sentido.

—¿Cómo ha impactado el arte en tu vida?

—Yo soy músico desde los 10 años, llevo 28 años en la música. Con suerte siempre he podido tocar mucho en Argentina, con bandas y yo solo; y viniendo aquí también estoy empezando a hacer un camino con la música que es mi prioridad, junto con el centro cultural.

—¿Cuál crees que es la importancia de lo cultural en la sociedad?

—En eso te puedo hablar de dos partes: primero lo físico, la locación que tiene este lugar. Es una zona que fue muy famosa hace muchos años, así como muy cultural. Se olvidó el lugar, pero otra vez está resurgiendo. Para nosotros, fue primero dar entretenimiento, porque esto es como ocultar la cultura en una forma de pasatiempo a la gente de la zona. Después, cultivar la cultura con talleres en los cuales las ganancias de los maestros fuera el mínimo para que fuera accesible para todo el mundo, porque, aunque hay lugares como la Condesa y la Roma donde los precios son altísimos y la gente lo paga; aquí no. Yo creo que la cultura tiene lo del placer, porque si uno quiere ser científico, uno tiene que estudiar y meterse de cabeza ahí; no obstante, con el entretenimiento llegas a lo intelectual por otro lado. Quizá viendo una película te está dejando un mensaje cultural y, sin embargo, la estás disfrutando; no estás haciendo un esfuerzo para que te entre información. El chiste es que una persona entre, vea los cuadros o las pinturas y le entre lo cultural. A lo mejor que diga: “Wow, un cuadro colgado y me quedé mirándolo. Ahora voy e investigo en internet quien es el artista, etc”. Hacen unos caminos interesantes. Creo que es esa parte que veo del entretenimiento y que es parte de la educación misma de la persona, una forma más simplificada de educarse. La cultura es un arma mucho más simplificada; rara, pero más fácil de entrar. Cuando se da clase a un alumno, también se le da educación, se le enseña a pintar, pero con disciplina.

—¿Futuros proyectos que tengan?

—Seguir creciendo, atraer a más público. Siempre estamos buscando poder agrandar el espectro del público, alejarnos. Ya empezamos a hacer publicidad más lejos, nos atrevimos a hacer presentaciones en algunos de los metros más alejados de aquí. Además, a través de los conciertos, por ejemplo, han llegado personas de Querétaro, Cuernavaca, que se han enterado y tanto el lugar como las posibilidades los atraen. La meta principal es darnos a conocer, tener una mayor publicidad, que venga más gente y que todo funcione.



LABERINTO CULTURAL SANTAMA

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org

CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de edición y arbitraje:

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas:

Daniel Moreno Cruz.

Diseño Editorial

Depto. de Arte y Diseño
IMPRECEN, S.A. DE C.V

Fotografía de portada

Daniela Fischer Durán
Ordem Y Progresso

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretexos literarios por escrito



es una revista bimestral. Número Once. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3000 ejemplares.
Circulación Febrero-Marzo 2018

Ultimátum

Y cuando estos elementos queden reflejados en palabras y expresado ese temblor gozoso y esa estremecida sorpresa que siento al contemplarla, entonces, seguramente quien me leyera, o yo mismo, podrá encontrar en mi cuaderno una bella tarde y un hombre que la percibe y la disfruta.

**El libro vacío,
Josefina Vicenzo**